

OCHO CARTAS DEL TAROT DE VALVERDE DE LA VERA

1

LA EMPERATRIZ

*Un paisaje de minaretes,
pájaros,
aguas violáceas,
callejuelas torcidas
con gatos y palomas,
turbantes,
las palabras llamando,
la oración en la alfombra,
el pórtico que enmarca
la claridad rabiosa.
La emperatriz desnuda
se acuesta con la luna.
—El poeta oculto mira
la luna de sus nalgas—.
Deslumbrado agoniza
el buitre del profeta.
La emperatriz sonríe
y envejece de pronto;
cuelgan las tetas mustias
y en su cruel calavera,
como en la noche muerta,
la luna derrotada.*

EL PONTIFICE

*Vivo en el descalabro.
 No he podido aliar mi voluntad
 a una ortodoxia
 firme, clara y segura.
 Dudo y persisto en la búsqueda
 de un cordel pendiente del aire,
 de lo innombrado,
 de lo que da sentido a la noche lunar,
 a la mañana descubierta por pájaros sedientos,
 a la tarde sentada en la banca del parque,
 a tu calma cuando al final del amor
 te ocupa la plenitud del cuerpo.
 No puedo aceptar
 el orden preciso de las creencias.
 Cuarenta y seis años en el mundo
 me han dejado la certidumbre
 de que aquí hay un engaño,
 un retorcido truco,
 algo que sobrecoge al desamor,
 algo trivial y blando,
 algo tan natural como la sangre.
 A nada puedo aferrarme
 y no protesto o me doy por vencido.
 Tal vez esta búsqueda
 y la certeza del engaño
 sean una oscura forma
 de la gracia.*

LA FUERZA

*Aterido, sobre la acera húmeda
 —en su cara la sombra del miedo acumulado—,
 busca el hombre su fuente de alegría.*

*He conocido tres o cuatro hombres felices
que decían sus cálidas canciones
con sólo andar,
con estrechar las manos,
sonreír,
cumplir cada jornada
con naturalidad de girasoles.
Tenían la plenitud
en su jornal discreto,
las calles sucias,
la inaudita naranja
en medio del invierno,
una flor en el viento,
la sopa compartida.
Gozaban su pan, el lecho,
la compañía y la espera,
el sol, la lluvia,
la soledad en calma
y el principio de todos sus trabajos.
Tres o cuatro hombres simples,
fuertes y temerosos,
parados en la acera,
bajo el cielo de todas las ciudades,
cuando suenan las alas
del ángel sin memoria.*

4

LA SACERDOTISA

*Jarandilla abre la puerta al frío.
La viejecita negra cuenta mendrugos,
mira
y la piedad le entrecierra los ojos.
Me detengo y le doy una moneda,
la toma y se la pone sobre el corazón.
El viento de Gredos
le revuelve el pelo
y en la tarde las encinas
son esqueletos sonoros.*

*La primera estrella da su calma
y todo se resigna
a la helada.*

5

EL DIABLO

*Noche sin sortilegios.
En el cielo se encienden
las estrellas opacas.
Mañana un día trivial y de áridos trabajos
descubrirá la imagen del enemigo malo.
Estará en los párpados mustios del aduanero,
en las manos pálidas del burócrata
en su trinchera de papeles,
en la desconfianza prendida del cogote del policía,
en la retórica cansina del declarante,
en los labios temblones del gerente.
Estará adormilado entre los harapos,
galopando en las panzas satisfechas,
sentado en los cafés,
agazapado bajo las sillas de los aeropuertos
y temblando en el índice del maestro terrible.
Pequeño, mediocre,
aburrido, cansado,
con la camisa limpia,
los nuevos pantalones,
caminará por todas las ciudades.
Un día se quedará tendido sobre el césped,
y el sandwich de jamón, la coca-cola
y una hermosa manzana
enmarcarán su muerte.
Mas la ciudad no notará su ausencia;
será reemplazado por pequeñas creaturas
como tú, como yo, que no tienen la culpa,
coludas, trepidantes,
ojos ardientes,
testas encornadas,
con su horror cotidiano,*

*corbatas nuevas,
zapatos bien lustrados,
tazas de té, cervezas,
todas esas creaturas para la compasión,
con sus noches sin magia
y mañanas iguales
a todas las estúpidas mañanas.*

6

LA ESTRELLA

*Todo está en calma.
La ciudad y su halo anaranjado
tiemblan ligeramente
cuando desde la peña los miramos.
Un mundo de cabezas descansa,
y los borrachos
con racimos dorados,
caras de dioses falsos
coronados por su propia ebriedad,
juntan angustia y gozo
en su fiesta nocturna.
El cansancio cubre los rescoldos del día
y todo se junta en una gran respiración.
Los cuerpos bajo las sábanas viven
y se buscan en las camas desiertas.
Un hombre que sueña nunca está solo,
lo acompañan fantasmas de todas sus edades,
las figuras de todas las edades del mundo.
Al abrir la ventana
se aferra al último vestigio de la noche:
la estrella matutina.
Todo está en calma;
sobre la gran cabeza brillan las estrellas;
en el cielo hay caminos,
y esta noche todos tenemos alas.*

EL JUICIO

*Esta carta aparece al lado del espejo.
 Se reflejan los símbolos usuales
 y una guirnalda rota
 se enrosca en las paredes.
 «No soy el primer hombre que va a morir»,
 y sin embargo sobrecoge
 este fracaso natural.
 Hay que cubrir el papel
 con la dignidad de un cómico viejo,
 hacer el mutis sin aspavientos
 para no robarnos la escena;
 pedir que no nos sobrevenga
 el sentimiento de dejar huérfano al mundo;
 evitar las declaraciones finales,
 los testamentos sacros,
 la efusión de moralina
 y la escena de «la muerte del justo».
 Irse como todos los seres humildes
 y pequeños de la naturaleza:
 los perros callejeros,
 las flores silvestres
 y los elegantes paquidermos
 que se ocultan en el bosque.
 Tal vez una mueca ante el dolor;
 todo debe recordar al cine mudo
 y homenajear en silencio
 a Buster Keaton.*

EL EMPERADOR

*Disciplinar al corazón,
 impedirle inclinarse
 hacia los desvaríos,*

*dejar que un ritmo estricto
ordene su camino.
La magia le hace daño
y lo corrompen
los sortilegios de la primavera.
Fue hecho para alentar el cuerpo
por un tiempo fijado
y son inadmisibles los eventos
que vengan a romper
este orden duro por lo inexplicable,
esta regla trivial que nos indica
llegar hasta la esquela,
a la nota luctuosa
y las coronas.
Acepto todo;
me conformo con mi puesto en la hierba
y respeto la ley,
mas no la cumplo.
Me escapo sin parar.
Hoy por ejemplo,
a pesar del invierno
abrí los ojos
bajo el sol de Gredos,
y por unos instantes
supe que quienes andan por la calle
—tú, yo y tú, «lector hipócrita»—
éramos inmortales,
que el dolor nunca ha sido
y que no es necesaria
la esperanza.*

HUGO GUTIERREZ VEGA

Capitán Haya, 18, 6.º D
MADRID-20